

aquella formación de la inteligencia con que ellos contaban, no las poseen los actuales alumnos; y por esto, el error de los profesores de historia es, en opinión de muchos, dar demasiada extensión á la técnica, que se puede (dicen) aprender en cualquiera edad, y no aprovechar el momento en que el espíritu resulta más apto para recibir las ideas generales. Ya veremos más adelante cuál debe ser, quizá, la verdadera posición de este problema.

Tal como es, la educación de los alumnos de historia en Alemania dispone como ninguna para la formación científica de aquellos, dándoles lo que llamaríamos *conocimientos instrumentales*, sin los que se hace imposible el manejo de las fuentes y la orientación adecuada del investigador para el aprovechamiento de sus datos. Al propio tiempo, los seminarios ayudan á resolver un problema de extraordinario interés en la enseñanza: el de las relaciones é intimidad entre el profesor y los discípulos, base imprescindible para el mayor fruto de la educación y para la vida consciente, autónoma y robusta de la Universidad.

Pero conviene advertir que no debe considerarse como resuelto definitivamente el problema. Cabe todavía formular exigencias en punto al modo de funcionar los seminarios, remediando faltas que sin duda tienen; y parece indicar que el profesorado siente ya semejante exigencia, el hecho de que, en la primera reunión de los historiadores alemanes, celebrada en Munich al año último (1893), uno de los temas que discutieron fué el de la organización de los seminarios (1).

(1) Igual prueba suministran algunos de los trabajos citados en la bibliografía de la pág. 27.

## 2.—Francia.

La enseñanza superior de la historia corresponde en Francia, principalmente, á las Facultades de Letras, cuya organización difiere mucho de la que tiene la llamada entre nosotros de Filosofía y Letras, aunque el programa (caso aparte de su extensión) presente en ambas un fondo común de materias.

Para estudiar concretamente esa organización y los procedimientos pedagógicos que la acompañan, tomaré como ejemplo la Facultad de Letras de París, que reúne también, para este caso, la ventaja de ser la más desarrollada y floreciente de todas y el prototipo de ellas (1).

El gran desarrollo de la segunda enseñanza en Francia, y los frutos que de conformidad debiera producir, dan á la superior una independencia casi absoluta, y le permiten formarse un carácter propio y un programa especial, des-

(1) Véanse como fuentes: Lavissee, *Questions d'enseignement national*, 1885 (páginas 7 á 88), *Études et étudiants*, 1890; Hildebrand, *De la réforme de l'enseign. sup.*, 1868; Gréard, *L'enseignement sup. à Paris*, 1881; Monod, *De la possibilité d'une réforme de l'enseign. sup.*, 1876; P. Frédéricq, *L'enseign. sup. de l'histoire à Paris* (*Rev. intern. de l'enseignement*, VI, 1883); Langlois, *L'enseignement des sciences auxiliaires de l'histoire du Moyen-âge à la Sorbonne* (*Bibl. de l'École des Chartes*). Más adelante se citan otros trabajos.

La mayor parte de los datos que expongo son de experiencia personal y se refieren al curso de 1889-90, en cuyo mes de Mayo visité algunos de los centros científicos de París, para estudiar lo referente á la historia. Hago aquí público testimonio de mi gratitud hacia todas aquellas personas de quienes he recibido con esta ocasión señaladas muestras de bondadoso interés, y especialmente hacia los profesores Sres. Lavissee, Monod, Seignobos y Morel-Fatio, á los cuales debo particulares atenciones y no pocas noticias referentes á la enseñanza.

cartado como tiene el problema de la cultura general de los alumnos, lógicamente supuesta á la edad en que éstos empiezan sus estudios universitarios, después de ocho años de enseñanza secundaria (1). Esta diferencia con nuestras Facultades se observa al momento por lo que se refiere á la historia, cuyas clases sabido es que se reducen por lo común, en nuestra enseñanza superior, á un mero repaso, sin gran aumento de contenido, de la misma asignatura tal como se estudia en los Institutos. Por el contrario, en la Facultad de Letras de París, ninguno de los profesores de historia da un curso completo y cíclico «de las vicisitudes de la humanidad», desde su aparición en la tierra hasta nuestros días. Ese conocimiento general, que proporciona al alumno la idea del contenido total de la historia y de la proporción de sus diferentes partes, *se supone* adquirido en los Liceos. El alumno debe llevarlo ya hecho, y su trabajo en la Facultad es de iniciación en los métodos científicos, manejando los grandes autores é investigando detenidamente puntos especiales, cuyo estudio ha de servir como tipo para el de todos los demás de la historia. Tal es el sentido que revela el programa de las clases de la Sorbona.

Así, por ejemplo, en el curso de 1889 á 1890, los asuntos escogidos eran, entre otros, los siguientes: Historia del Imperio romano en el siglo II; Primeros años del reinado de Felipe Augusto; Francia é Italia en la época del Rena-

(1) Todo esto es muy relativo. Comparados con nuestros bachilleres, los de Francia son unos sabios, como quien dice; pero lo cierto es que su preparación para los estudios universitarios suele ser escasa y se refleja, con daño, en la organización de la enseñanza superior. Véase lo que dice tan gran autoridad como Gaston Paris: *Le haut enseignement historique et philologique en France*, 1894, páginas 22 á 24 y 40.

cimiento; Rusia bajo el reinado de Alejandro I; Alemania de 1813 á 1848; Historia del arte griego del siglo V al IV (antes de J. C.); Historia del comercio francés de 1763 á 1815; Formación y expansión de Francia en la Edad Media; Instituciones griegas del siglo V al IV; Historia de la Asamblea constituyente; Historia de las relaciones históricas de la India con Grecia; Historia general de Europa durante el período de formación de las monarquías absolutas; Historia del segundo Imperio de Tebas; Elementos de historia y geografía del Asia central desde la antigüedad griega hasta el siglo XVI (1).

Todos ellos, como se ve, son puntos especiales de la historia, en los que no se revela la mas mínima preocupación por los exámenes tal como aquí los entendemos, afortunadamente abolidos allí en la forma, más inútil y abusiva que ninguna otra, de los *exámenes de asignaturas*, aunque los de licenciatura y agregación influyen mucho todavía en la organización de los estudios. Esta relativa libertad es, sin duda, una de las condiciones más favorables para que la enseñanza tome de día en día un decidido carácter científico.

No obstante, lucha todavía la Facultad de Letras con graves dificultades, nacidas de su condición tradicional y del objeto predominante que la domina. Sabido es que,

(1) Citanse estos ejemplos, por ser el curso de 1889-90 el que pudo estudiar personalmente el autor. Los programas de los cursos posteriores pueden verse en el *Livret de l'étudiant à Paris*, que se publica todos los años (librería de Delalain Hermanos). En el presente curso hay (sin contar los profesores de cursos libres) once profesores de historia, á los cuales pudieran añadirse los de filología, historia del arte y materias análogas.

antes de la reforma por la cual ha combatido tanto M. Lavissee, todas las clases de la Sorbona eran públicas, y su público, en vez de estar formado por estudiantes á quienes moviese el deseo de un trabajo sólido y profesional, se componía de una masa heterogénea de señoras, curiosos, desocupados ó *dilettantis* científicos, que entraban y salían en el aula buscando, ó el discurso retórico en que el profesor debía lucirse, ó el interés frívolo de una cultura vaga y de segunda mano. En esta situación, ni el trabajo de clase podía pasar de las conferencias, ni éstas de un cierto tono de vulgarización para ajustarse al promedio intelectual de los oyentes.

Con semejante organización era imposible obtener lo que M. Lavissee llama el *aprendizaje de historiador*. El efecto deplorable que esta falta producía en la ciencia, estaba expresado en el siguiente hecho general: «Entre los profesores de historia no hay casi ningún historiador, porque la gran mayoría de ellos no ha recibido educación histórica alguna. Todavía hoy (en 1881) muchos profesores empiezan con el título de bachiller; y por modesto que sea este título, al bachiller candidato á una cátedra de colegio se le reputa idóneo para todas ellas. El Ministro ó el Rector harán de él un historiador, un gramático ó un filósofo, según las necesidades del servicio. El bachiller se hará licenciado si es ambicioso y trabajador; pero la licenciatura, hasta la reforma actual, ha sido un examen enteramente literario, sin que en él se atendiese á tal ó cual especialidad de estudios, y el licenciado, como el bachiller, esperaba que le dictase su vocación la autoridad administrativa» (1).

(1) Lavissee, *L'enseignement historique en Sorbonne* (Rev. des Deux

Refiriéndose á varios profesores de segunda enseñanza, licenciados en Letras, añadía el autor: «Me confesaron que no habían hecho ninguna investigación personal; que su instrucción procedía de libros de segunda ó tercera mano; que toda su crítica había consistido en comparar unos con otros los diversos manuales; que nunca llegaron á estudiar un documento, y que, por otra parte, los documentos inéditos de la historia antigua y de la historia medieval les eran inaccesibles, puesto que nadie les había hablado de epigrafía, de paleografía ni de diplomática, ni enseñándoles las reglas de la crítica de textos.»

La reforma era, pues, eminentemente necesaria, y comenzó en el año 1880 creando cursos cerrados (*fermés*), especiales para los *alumnos*, con gran número de conferencias y ejercicios prácticos. Al mismo tiempo, el examen de licenciatura se hacía más técnico para la sección de historia, exigiendo á los matriculados una composición en francés, otra en latín y explicaciones de autores griegos, latinos y franceses. El propósito era formar en la Sorbona una Escuela de historia. El curso empezó con un programa de veinticinco clases de historia y de geografía.

Pero aun quedaban y quedan dos grandes obstáculos para llegar á la reforma total. La Facultad de Letras de París es, ante todo, una escuela preparatoria del profesorado de segunda enseñanza, habiendo sustituido en esta función, de hecho y con mayores ventajas, á la Escuela Normal Superior.

*Mondes*, 15 de Febrero de 1882). El decreto de 25 de Diciembre de 1880 creó un examen especial de historia, comprensivo de dos composiciones escritas.

Semejante objetivo, que imprime un carácter muy especial á las clases, hace inclinar la enseñanza del lado de la preparación profesional más que de la científica. Del mismo modo, la perspectiva de los exámenes de licenciatura y *agregación* (1) obliga á forzar un poco la máquina en ciertas cosas, y á convertir en superficial para el alumno el trabajo de comentarios de autores antiguos.

El problema no se les ha ocultado á los reformadores. El mismo M. Lavissee lo formulaba ya en 1881 en estos términos:

«La más perfecta educación sería aquella que formase á los historiadores sin programa y sin la preocupación de futuras exigencias profesionales. Llega un joven á la Facultad: sus gustos y la libre elección de su voluntad le predisponen á los estudios históricos. No se le hace imposición alguna. Busca en la enseñanza de las letras y de las ciencias el complemento de la cultura de su espíritu, y al mismo tiempo aprende á conocer la inmensidad del campo histórico. Los profesores y los libros le dan las nociones que actualmente se poseen sobre los períodos principales de la historia. Su inteligencia, ya seria y reflexiva, se penetra de las ideas generales, cuyo valor ha de comprobar algún día, y que provisionalmente han de guiarle. Terminada esta parte de su educación, el estudiante aprende lo

(1) La agregación es el título que habilita para ser nombrado profesor de Liceo. Los que carecen de este título sólo pueden ser nombrados *chargés de cours*. Tanto esta categoría como la de *agrégé*, no tienen correspondencia en nuestra enseñanza.—Véase en los programas generales cómo la mayoría de los ejercicios prácticos y de los «comentarios» se hacen en vista de la agregación ó de la licenciatura, sujetándose á los autores inscritos en el programa del concurso anual.

que es preciso saber para llegar por sí mismo al conocimiento de la verdad. Maneja el microscopio, pero sin correr el peligro de perder su tiempo en el estudio de cosas inútiles, porque ya sabe el valor y la proporción de todas ellas. Suponed ahora que este estudiante, hecho hombre, sea libre también en la vida; su curiosidad se dirigirá hacia los puntos discernidos y escogidos por él; aprende lo que quiere saber y no se ve nunca en la precisión de decir sino lo que sabe. He aquí un historiador privilegiado.

»Día llegará en que vengan á la Facultad estudiantes de este género; ya vienen algunos; pero el grupo principal de nuestros alumnos *se compondrá siempre de candidatos á los grados y funciones universitarias*. Ahora bien: los profesores de la Sorbona, á quienes el Estado envía pensionados (*boursiers*) de licenciatura y de agregación, tienen el deber de formar buenos maestros para los liceos y colegios, y quieren á la vez prepararlos como historiadores. ¿No perjudicará la educación profesional á la científica, ó ésta á aquélla? ¿Se puede preparar juntamente para la enseñanza, que es una afirmación, y para la práctica del método histórico, que es una investigación? (1). ¿No se corre el riesgo de que esos estudiantes se conviertan en sabios incomprensibles para sus alumnos, ó en profesores que, acostumbrados á jurar *in verba magistri*, no tengan la actividad de las inteligencias emancipadas por el uso personal de la libertad?»

Como se ve, el obstáculo—suponiendo que no sean conciliables ambos términos—reside en la constitución esen-

(1) El examen de este problema de carácter general, nos ocupará más adelante.

15161

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Ando. 1625 MONTERREY, MEXICO

cial de la Sorbona, y resolver el problema suprimiéndolo, sería variar en absoluto el carácter de la Facultad y su función presente. Sin embargo, la conciliación de la enseñanza profesional con la científica principió con el ensayo de formar en la misma Sorbona un grupo de estudiantes enteramente independientes de los exámenes y títulos académicos. La existencia de estos alumnos que no buscan en las clases de la Facultad más que el trabajo desinteresado y el complemento de su cultura personal, era un hecho; pero faltaba darle forma, una cierta organización que lo hiciera más visible, con ese relieve que lo *oficial* tiene para los pueblos latinos. Se proveyó á esta exigencia creando un «certificado de estudios superiores», para cuya obtención debe el alumno concurrir á cierto número de clases, participar de los ejercicios prácticos (con cierta libertad de elección), y, sobre todo, escribir una monografía de investigación personal. El art. 3.º del acuerdo tomado por la Facultad á este propósito, dice: «Se hará mención especial de los trabajos escritos, procedentes de investigaciones personales, que los alumnos presenten á los profesores.» El primer año sólo seis estudiantes (de ellos dos extranjeros) solicitaron el certificado. La preocupación de los exámenes y de la profesión tiene aún demasiada fuerza, y así lo reconocía, dos años después de aquella reforma (en 1888), monsieur Lavissee. Sin embargo, en los estudiantes de la sección de historia el amor desinteresado por la ciencia halló en seguida terreno abonado donde prosperar, siendo ellos los que más se afanan por la obtención del referido certificado y de las pensiones (*bourses*) de viaje y de estudios.

Pero no conviene alimentar desmedidas ilusiones, ni perder de vista que la gran masa de estudiantes tiene, hoy

por hoy, otras aspiraciones y otras tendencias. Estudiemos, pues, la Facultad en su aspecto actual dominante.

Los dos pies forzados—la preparación profesional y la de exámenes—unidos á la tradición de las conferencias, producen la división de los trabajos de la Facultad en tres grupos ó clases: 1.ª Lecciones ó conferencias del profesor, en las cuales el alumno permanece casi pasivo, limitándose á tomar notas; 2.ª Ejercicios prácticos de lecciones, hechos por los alumnos con el fin de acostumbrarse á la explicación oral y formarse pedagógicamente en este sentido; 3.ª Comentarios de autores con destino á los exámenes.

La primera clase de trabajos no tiene importancia para nosotros. Las lecciones que explican los profesores para los alumnos se diferencian naturalmente de las que hacen en los cursos públicos, los cuales subsisten aún al lado de los que se llaman cursos cerrados (*fermés*). Generalmente, cada profesor da á la semana una conferencia pública y dos de curso cerrado. En éstas, como se dirigen á un auditorio al cual se supone con preparación adecuada, las explicaciones son más científicas, más sencillas de frase y más técnicas. Cuando el asunto lo requiere, se utiliza el material á propósito para hacer plástica y objetiva la explicación (1).

El profesor belga M. Frédéricq, que visitó hace años la Sorbona, da, acerca de las clases dedicadas á los candidatos á la licenciatura, los siguientes detalles, que en parte he podido yo observar (2). Consisten en lecciones orales, y van

(1) Lo mismo en los cursos públicos; v. gr., el curso de arqueología de M. Collignon.

(2) Artículo citado de la *Rev. intern. de l'enseignement*.

siempre acompañadas de numerosas indicaciones bibliográficas. En el curso en que M. Frédéricq asistió á la Sorbona, distinguíanse especialmente las clases de los señores Lavissee, Perraut y Rambaud (1). Otros profesores, como M. Bouché-Leclercq (Historia antigua), explicaban los puntos preparados de antemano por los alumnos, haciendo á éstos preguntas y completando sus investigaciones con la consulta de libros; lo cual da ocasión para explicar de un modo práctico la metodología de los estudios históricos.

Los «ejercicios prácticos» obligan á los alumnos á un trabajo personal sobre el punto materia de la lección, que ellos eligen libremente. Pero como no se les pide que acudan á las fuentes originales (hablo siempre de las clases de historia), este trabajo no tiene gran interés científico. En cambio lo tiene, y mucho, pedagógico, especialmente por la crítica de la lección que hacen los profesores, deteniéndose á veces en particularidades oratorias no exentas de importancia para la buena dirección de una clase.

Los comentarios y explicaciones de autores podrían constituir un ejercicio de gran importancia científica, si no fuese porque se hacen atendiendo únicamente á los exámenes, y limitándose, como va dicho, á los autores que indica el programa de la licenciatura ó de la agregación. Los estudiantes se preocupan únicamente de este fin y no hacen el trabajo, por lo general, con intención científica. Así, en la clase de M. Guiraud, profesor de Historia antigua, á la cual he asistido, se estudiaba á Espartano. Un alumno

(1) En el curso de 1889 á 1890, M. Lavissee no explicó clase ninguna, dedicándose especialmente á los trabajos que le impone su cargo de Director de los estudios históricos.

leía y traducía el texto latino por párrafos, y el profesor lo comentaba, dando explicaciones sobre las palabras más interesantes; v. gr., las referentes á la hacienda militar, que exigían largas ilustraciones. Los alumnos tomaban nota de estos comentarios, que demostraban, de parte del profesor, un largo trabajo de preparación original sobre las fuentes. Por desgracia, los alumnos no hacen más que aprovechar en forma de notas el *resultado* de las investigaciones de aquél, de modo que la preparación de textos queda reducida á una lección como otra cualquiera (1).

De esta opinión, que naturalmente ocurre al presenciar tales ejercicios, participan algunos profesores de historia, á quienes tuve ocasión de oír consideraciones análogas sobre este punto.

Desde luego se advierte que la esterilidad de las clases no depende de falta de trabajo por parte de los profesores, ó de intención sistemática en su metodología: antes bien, resulta el método subordinado de un modo excesivo á la organización y al fin *oficial* de la Facultad de Letras, que es, repito, dar cultura general científica (mediante la riqueza y variedad de las clases) y preparar para el profesorado. La dificultad que nace de aquí para dedicarse á trabajos de investigación crítica sobre textos y fuentes, es reconocida por muchos profesores, que la creen infranqueable, suponiendo que el carácter actual de la Facultad no admite modificación en este sentido, ni debe tener aquel objeto como primero. En la defensa de este criterio existen, á lo que he podido ver, dos tendencias diferentes.

(1) Lo mismo en la clase de M. Lemonnier, que comentaba las *Memoirs* de Saint-Simon.

Apóyase la una en la experiencia de las Universidades alemanas, en las cuales el exclusivismo de la crítica de textos, no acompañada de conocimientos generales, produce un desequilibrio perjudicial para los estudiantes (1), desequilibrio que cesaría si las clases de la Facultad atendieran preferentemente al segundo elemento, como base del primero. A este propósito se cita el ejemplo de la Escuela de Cartas, cuyos alumnos—antes de que concurriesen á ella algunos procedentes de la Sorbona—solían carecer de la cultura general necesaria para aprovechar bien los conocimientos técnicos y prácticos en las llamadas ciencias auxiliares, que forman la base del programa de aquella Escuela, según veremos.

La otra opinión que he oído es más radical, y sin duda menos común. Formúlase diciendo que el trabajo de lectura y crítica, como el de publicación de documentos, es primario cronológicamente en los estudios históricos, pero no lo es en importancia para el profesorado de las Facultades, cuya misión consiste en trazar las grandes líneas de la historia, aprovechando los materiales ya dispuestos y elaborados por otros (bibliotecarios, archiveros, eruditos), cuyo oficio es el de descubrir documentos.

Demasiado se ve que esta opinión, poco fundada—puesto que el trabajo de interpretación y crítica de textos, lejos de ser mecánico, requiere una cultura extensa—no parece di-

(1) Véase la opinión de M. Seignobos y la de Mr. Seeley. El mismo profesor á quien la oí en París, reconocía que el peligro no era tan grande, y que aun debía arrostrarse,—por los beneficios que en cambio obtendría la ciencia—en aquellas naciones que, como España, tienen por publicar la mayor parte de sus documentos, y están así imposibilitadas de escribir científicamente su historia.

rigirse más que á un solo orden de los ejercicios de educación técnica en historia, propios de los seminarios alemanes. El manejo y empleo de los textos ya conocidos y depurados, no entra aquí; pero ¿acaso bastaría para una seria formación científica, cuando lo cierto es que no puede hacerse con fruto y con seguridad sin la preparación anterior que dan investigaciones directas?

No obstante estas opiniones, los reformistas de la Facultad llevan su buen deseo hasta dar por muy cercano el día en que los trabajos científicos á que nos referimos sean normales y como reglamentarios en la Sorbona, haciéndolos elemento esencial de la educación de los alumnos. Por de pronto, hay, desde hace años, muchas clases en que la enseñanza tiene un marcado carácter experimental. Tales son las prácticas de los profesores Lavis, Perraut y Rambaud, que pudo ver en 1882 M. Frédéricq, y en las cuales se utilizaban constantemente las fuentes bibliográficas, las reproducciones de documentos en hojas heliográficas para que pudieran circular y ser leídos por muchos á la vez, etc.; y tal era, en 1890, la clase de «Ciencias auxiliares de la Historia» (Paleografía, Cronología, Diplomática y Bibliografía), que dirige M. Langlois. La sola inclusión de estas materias en el programa de la Facultad, y el nombre del profesor, antiguo alumno de la Escuela de Cartas y muy versado en las llamadas ciencias auxiliares, dan una idea del camino por donde se marcha al logro completo de la reforma. Dispone M. Langlois en su clase de una abundantísima colección de fotograbados y heliografías, reproducciones de diplomas y otros documentos de diversas épocas, que los alumnos leen en los ejercicios prácticos; así vi hacerlo, entre otros, con un diploma merovingio, y

una hoja del año 1440, perteneciente á los papeles del proceso incoado contra el Mariscal de Rétz y procedente del archivo departamental del Loire inferior (1). M. Langlois ilustra también sus explicaciones con dibujos en la pizarra (fórmulas de paleografía). Sus conferencias son muy eruditas y ricas en indicaciones bibliográficas; pero tal vez resultan un poco dogmáticas, y aun excesivas en pormenores para los alumnos, que deben de tomar las notas con mucha dificultad.

Un segundo paso hacia el triunfo del método experimental y de colaboración directa por parte del alumno, consiste en los trabajos de investigación personal, de estudio y aplicación de las fuentes, que vienen obligados á hacer los estudiantes en ciertos casos. En primer lugar, figura la tesis histórica exigida en los exámenes ó concursos de agregación. «Cada alumno, después de haber escogido un tema de la lista formada por el tribunal, estudia, critica y clasifica todos los documentos propios para esclarecer la cuestión. Hace una obra verdaderamente personal....., recoge los testimonios, los pesa, compara y combina, y compone los considerandos de su opinión» (2). El certificado de estudios superiores, de que antes hablamos, pide también un ejercicio de esta especie; y es muy halagüeño consignar, con el testimonio de M. Lavis, que los estudiantes de historia son

(1) En el programa de 1891-92 constituían ya estos ejercicios una clase especial, en forma de curso práctico de Paleografía, Cronología y Diplomática, con lectura (*déchiffrement*) de textos. M. Langlois utiliza también el medio de las excursiones con los alumnos.

(2) Lavis, *Éducation professionnelle, éducation scientifique* (Curso en la Facultad de Letras), 1886; *Études et étudiants*, páginas 138 y 154. La exigencia es mayor en la tesis del doctorado. Vid. los Programas que publica el editor Delalain.

los que más aprovechan esta ocasión de hacer estudios serios. «No se contentan—decía en 1888, refiriéndose á los mejores de entre ellos—con preparar su tesis de *agregación*; también escogen ó reciben de nuestras manos temas ó asuntos para memorias breves sobre cuestiones interesantes, y alguna vez las tratan de tal modo, que nos hacen confiar plenamente en su porvenir.»

Los decretos y reglamentos ministeriales de estos últimos años demuestran bien claramente el deseo de impulsar á los alumnos en la dirección de los trabajos sobre las fuentes. Así, la circular de 5 de Agosto de 1881, relativa á la aplicación del decreto de 25 de Diciembre de 1880, que modificó los ejercicios de la licenciatura en Letras, decía, refiriéndose al examen oral de la sección de historia y geografía, lo siguiente: «Los jueces se convencerán de si el candidato, además de conocer los hechos, los comprende; si extiende su trabajo más allá de lo estrictamente exigido para el examen, y si manifiesta tal interés científico, que le lleve á la ampliación de sus lecturas y á remontarse, desde las obras de segunda mano, á las fuentes y documentos. Deberá concederse gran importancia á este aspecto del examen, que manifestará las aptitudes históricas del candidato; las pruebas de inteligencia y de *trabajo personal serán preferidas á los resultados obtenidos simplemente por medio de la memoria.*» Á igual objeto conduce la facultad concedida en el art. 9.º del decreto citado, que dice: «El candidato puede pedir, al inscribirse, que se le interrogue en el examen oral sobre una ó dos materias que, sin embargo de figurar en las clases de la Facultad, no estén comprendidas en el número de las obligatorias para la licenciatura.» Estas materias podrán ser: arqueología, lengua de *oïl* ó de *oc*

y hasta sánscrito (1). No pueden darse mayores facilidades para una completa educación científica. Volvamos ahora á los ejercicios escritos.

Según tuve ocasión de oír al mismo M. Lavissee, estos trabajos los hacen ya con mucha frecuencia, en la clase de M. Luchaire (Historia de la Edad Media), alumnos licenciados y aspirantes á la agregación. Otros los hacen privadamente y los entregan luego, para su crítica y corrección, á M. Lavissee, en calidad de director de Historia; siguiéndose de aquí conversaciones particulares, en que los alumnos recogen consejos, indicaciones y puntos de vista para sus estudios (2). Condición imprescindible para su realización perfecta y fácil, es la existencia de varias salas de trabajo (de arqueología clásica y medieval, de arte moderno, de paleografía....), y una biblioteca especial de los alumnos (como hemos visto que hay en las Universidades alemanas) donde éstos encuentran los libros de consulta más notables y las últimas publicaciones, que manejan con entera libertad, sin las trabas que generalmente se ponen en las bibliotecas ordinarias. La correspondiente á la Facultad de Letras ha sido instalada en la Nueva Sorbona (piso segundo) y lleva el nombre de «Sala Albert Dumont», en memoria de este ilustre Director general de enseñanza superior, á quien debe mucho la Facultad de Letras.

Á pesar de todo esto, el problema queda en pie, y la deficiencia de la preparación científica que alcanzan los futu-

(1) *Circular citada.*

(2) Tanto M. Lavissee como los demás directores de sección, y el decano de la Facultad, destinan todas las semanas un día para recibir en audiencia particular á los alumnos que deseen consultarles sobre puntos técnicos ó reglamentarios relacionados con sus estudios.

ros profesores, se muestra todavía, por modo evidente, en los concursos de agregación. El citado profesor M. Langlois ha expuesto recientemente (1), con viril franqueza, todos los defectos de la educación histórica que se da en las Facultades, reconociendo que la raíz del mal está en la organización de los ejercicios del concurso y en la excesiva dependencia que respecto de éste tienen hoy día los trabajos de las clases. Crítica todavía más acerba—aunque inspirada en un generoso amor á los estudios históricos—ha hecho, en igual sentido, M. Ferdinand Lot (2).

Ninguno de los dos ejercicios que podrían servir principalmente para la educación técnica en historia, á saber, la tesis y la «preparación de autores», sirven realmente para este fin. En opinión de M. Langlois, la elección de tesis debería ser enteramente libre para que resultase fructífera (hoy se elige de la lista que forma el tribunal todos los años), y su defensa ó mantenimiento, en vez de ser oral—forma que no se presta nada para el buen desempeño de los trabajos de erudición y crítica de documentos—habría de ser escrita, á imitación de lo que se hace en la Escuela de Cartas, si se quiere que aproveche sólidamente á los alumnos. Hay, además, en la preparación de la tesis, un defecto grave que casi la inutiliza como ejercicio educativo. El reglamento prohíbe que los profesores intervengan en el estudio de aquélla y ayuden á los alumnos; de modo que éstos se encuentran entregados á sus propias

(1) *Remarques à propos de l'agrégation d'histoire. (Revue universitaire, 15 Junio 92.)*

(2) *L'enseignement supérieur en France, ce qu'il est, ce qu'il devrait être. París, 1892.*